

xico, no sólo presté al Emperador y á sus tropas sitiadas en Querétaro un servicio de la más alta importancia deteniendo á Porfirio Díaz, á las puertas de la capital, é impidiendo que marchase á Querétaro á resolver la cuestión inmediatamente con el aumento de sus fuerzas, como hubiera sucedido luego que hubiera llegado; sino que hice una acción de las que la *Ordenanza* declara distinguidas, cuando dice en órdenes generales que lo es en un oficial el detener con sus maniobras á fuerzas considerablemente mayores, con utilidad del servicio, mediando al menos pequeñas acciones de guerra.

XVII

Sitio de Querétaro.—En espera de mi regreso *

Dice Arellano en este capítulo que “mi derrota en San Lorenzo y la dispersión de mis tropas era preciso que fueran seguidas del sitio de la capital.” En primer lugar, que ni hubo derrota en San Lorenzo, ni dispersión de mis tropas, según tengo probado. Y en segundo, que precisamente uno de mis objetos principales al marchar á Puebla fué evitar el sitio de México.

Agrega en seguida “que luego que yo salí de Querétaro, el Emperador y Miramón, por la influencia de Arellano, estrecharon tanto su amistad, que no dejó de unirlos sinceramente ni en el momento de caer con el pecho despedazado por las balas republicanas.” Y yo digo, que siendo así, me honra tanto más mi nombramiento de regente y de general en jefe del ejército nacional, puesto que, si teniendo á su lado lleno de distinciones al general Miramón, no lo nombró á él, sino á mí para los mencionados cargos: esto prueba que tenía mayor

* Resumen del capítulo respectivo del libro de Arellano:—La separación del general Márquez hace posible la defensa de Querétaro.—Los republicanos reciben refuerzos.—Ataque del 24 de marzo.—Improvisación de establecimientos de artillería.—Necesidad de estar á la defensiva hasta la vuelta de Márquez.—Salidas en los días 22 de marzo y 1º y 24 de abril.—Miramón y Arellano proponen al Emperador salir de la plaza.—No es aceptada su proposición.—Junta de guerra de generales, verificada el 19 de abril.—Resoluciones de la junta para continuar la defensa hasta el regreso de Márquez.—El pueblo y el ejército se alimentan con carne de caballo y mula.—Miseria.—Ataque del Cimatario.—Salidas en los días 1º y 3 de mayo.—Ataque del 5 de mayo.—Carta del Emperador dirigida á Márquez.—No siendo posible por más tiempo la defensa, se hace la proposición de no sostener el sitio.

confianza en mí,* y deja comprender que estaba altamente satisfecho de mi comportamiento y seguro de que yo no le faltaba.

Aquí es donde Arellano con la falta de modestia que le es característica da una ligera idea de los *milagros* que hizo en el sitio de Querétaro; y no hay mas que leer ese relato para confesar que es *un genio* por su inteligencia y su actividad. ¡Qué lástima que adolezca de defectos que inutilizan *tanta sabiduría!*

Dice después estas palabras: “Cuando el curso de los acontecimientos vino á probar que este medio (el de las salidas parciales que adoptaron) *que se creía de salvación, lo había sido esencialmente de ruina, se llegó á comprender cuantas habían sido las pérdidas sufridas por el ejército imperial.*” Fijese la atención en estas palabras de Arellano, porque ellas son la confusión más neta de lo que con anterioridad tengo dicho á este respecto.

Reflexionemos por un momento en la situación de la plaza de Querétaro que pinta Arellano en este párrafo. Dice que “las pérdidas tenidas en las salidas hechas sobre el enemigo, la falta de alimentación en el soldado, el tifo que se desarrolló entre las tropas, la miseria, la imperfección del servicio sanitario, las malas condiciones higiénicas de los alimentos de la tropa y la desertión, habían reducido el efec-

* Don Santiago Vidaurri dijo á la familia Wright, á quien trató como á la suya, que “todos los que lo rodeaban (Maximiliano), con justicia ó sin ella, lo hacían desconfiar de unos y otros; pero, sobre todo, Márquez lo hacía desconfiar de todos nosotros. A mí me había comisionado Maximiliano para venir de Querétaro (á México) como lugarteniente del Imperio á llevar á los austriacos y otros refuerzos de la capital; pero, acabando de conferenciar conmigo, le habló Márquez. No sé lo que le diría; pero Maximiliano, muy mortificado, me dijo que había tenido que nombrar lugarteniente á Márquez y que yo le acompañaría como auxiliar.”

En una entrevista que tuve con el coronel Carlos Miramón me refirió lo que sigue:

- Estando en capilla mi hermano Miguel y el Emperador, éste le dijo:
 —General, ¡qué tarde le he conocido!
 —¿Por qué, Su Majestad?—preguntóle Miramón.
 —Porque si antes yo hubiese conocido á usted, no estaríamos aquí.
 —Su Majestad, ¿por qué no estaríamos aquí?
 —Porque yo lo había nombrado á usted para que fuese á México á traer los auxilios; pero al comunicarle la noticia á Márquez, prorrumpió muy inquieto:
 —“¿Qué ha hecho usted? Si el general Miramón va á México, Su Majestad debe ir eligiendo el balón en que nos ahorque
 —“¿Por qué?—preguntéle asombrado á Márquez.
 —“Porque si Miramón sale del sitio—contéstome Márquez—se pronuncia contra el Imperio y se hace presidente.”

Maximiliano al oír esto, desistió inmediatamente de que el general Miramón partiese á México y nombró en seguida á Márquez para el desempeño de la misión.

tivo de los defensores de Querétaro á 5,000 hombres en los últimos días, por cuya razón los esfuerzos sobrehumanos que se hicieron para la salvación común fueron del todo impotentes, y lo fueron mucho más cuando la desgracia se cebó en las tropas imperiales hasta en sus últimas salidas. Que habiendo aprobado el Emperador las operaciones militares de Miramón, este valiente general ejecutó é hizo ejecutar admirables movimientos, que, felices ó desgraciados, siempre excitaron la admiración de imperialistas y republicanos, y causaron á éstos varias veces tales pérdidas, que se creyó inminente su derrota y su necesidad de levantar el sitio. Que libre el Emperador de mi funesta influencia y no teniendo ya Miramón que temer mis intrigas, hizo una salida el 22 de marzo sobre la Congregación y San Juanico, batiendo á la caballería enemiga y tomándole caballos, víveres y forrajes. Que el 1.º de abril volvió á salir sobre San Sebastián, que tomó al enemigo dos obuses de montaña; pero que su columna acometida por numerosas fuerzas republicanas, tuvo que volver á entrar en la plaza. Que para expeditar la salida de algunos pliegos secretos que se me remitían, se dispuso el 11 de abril otra salida al Este; pero que no dió todos los resultados que se esperaban, porque la posición de los republicanos era más fuerte de lo que se creía."

Recuérdese que en la otra salida que hizo Miramón sobre el cerro del Cimatario, á pesar de haber sido tan feliz porque derrotó á 10,000 hombres, tomó 20 piezas de artillería é hizo 500 prisioneros; sin embargo, no dió resultado alguno favorable al sitio, porque el sitiador volvió á ocupar el Cimatario en el acto mismo, y Miramón tuvo que volverse á meter en la plaza, después de haber sacrificado inútilmente á muchos valientes que no podía reemplazar.

Ahora bien: téngase entendido que todas estas desgracias que Arellano no supo ni prever ni evitar, las preví yo desde antes que comenzara el sitio, y esta es la razón por qué quise que saliésemos de la plaza antes de que se formalizara; y después propuse que lo rompiésemos, cuando todavía era tiempo de hacerlo. Entonces Arellano, que no es militar, se opuso á ello, y trabajó asiduamente como él mismo lo ha dicho, hasta que consiguió del Emperador que desistiera de esa idea; y después, cuando ya las tropas imperiales estaban casi exánimes de hambre, de enfermedad y de fatiga; cuando los sitiadores habían aumentado sus fuerzas, habían estrechado el sitio y multiplicado sus obras de defensa, cuando Puebla se había perdido, cuando Mé-

xico estaba sitiado, cuando no podíamos disponer de los 20,000 hombres ni de las 100 piezas de artillería que hubiéramos reunido en el acto, si se ejecuta el movimiento cuando yo lo propuse; y finalmente cuando hasta la salida de Querétaro era más difícil, entonces la proponía Arellano.

Hay un proverbio entre nosotros, que dice *plaza sitiada, plaza tomada*; con lo cual se da á entender que toda plaza en estas circunstancias, que no cuente con una fuerza que la auxilie, ha de sucumbir irremisiblemente tarde ó temprano, porque no tiene remedio: la cuestión es de tiempo. Esto lo sabe hasta el último recluta del ejército, menos Arellano.

Cualquiera militar, y aún cualquiera paisano, comprende desde luego que por grande que sea el valor de los defensores de una plaza sitiada, por heroicos que sean sus hechos de arrojo sobre el enemigo, por abastecidos que tenga sus almacenes de municiones, víveres y forrajes; aun cuando tenga una seguridad absoluta de que no llegará jamás á faltarle el agua ni para la gente, ni para los animales; aun cuando tenga una línea de fortificaciones inexpugnables; profundos, anchos y multiplicados fosos, con loberas, minas, caballos de frisa, abrojos y toda clase de obras exteriores, hasta el grado de que sea literalmente imposible penetrar en la plaza; aun cuando se cuente de sobra con artillería y armas portátiles; aun cuando haya una existencia enorme de salitre, azufre, carbón, plomo, hierro, cobre y todo cuanto pueda necesitarse para construir municiones; aun cuando se tenga muy buenas fábricas, máquinas y obreros de todas clases; aun cuando se tenga la fortuna de contar con un *genio* como Arellano, que todo lo improvisa; aun cuando se hayan hecho salir de la plaza todas las bocas inútiles, y tomando, sin olvidar una sola, todas las precauciones que para ese caso prescriben los mejores autores en el arte de la guerra: ni aun así se puede evitar que sucumba la plaza, porque el número de heridos, enfermos y muertos ha de aumentar todos los días, sin que se puedan reemplazar; las municiones se han de consumir constantemente, los víveres y forrajes han de disminuir de una manera espantosa, porque seguros los sitiados de que no han de recibir socorro, ven á cada momento que pasa, acercarse el instante de su muerte, y por bizarros que sean, aun cuando estén llenos de vigor y de resolución para morir heroicamente, y por esta razón no decaiga su moral, decae su ánimo con la convicción de que hacen una defensa inútil.

Así es que por prolongada que ésta sea y por grandes los esfuerzos que se hagan para salvar la plaza, ha de llegar por fin el momento en que concluyan todas sus existencias y tenga que sucumbir, aun cuando no le hayan tomado ni un palmo de terreno.

Y si por desgracia hay dentro de la plaza genios inquietos y discolos, ó algún cobarde que siembre la cizaña y fomente la discordia, entonces la plaza tiene que sucumbir irremisiblemente aun antes que haya acabado de consumir sus existencias.

Estas consideraciones son las que tuve presentes, y esta es la razón por qué quise que saliésemos de Querétaro. Si Arellano no se hubiera opuesto engañando al Emperador con mentidas promesas; si, como debía, hubiera respetado mi antigüedad y mi experiencia en la carrera de las armas; si hubiera recordado que casi siempre han dado buen resultado mis planes de campaña; si hubiera tenido presente que nunca he traicionado á la causa política que he defendido; si hubiera fijado su atención en que siempre he sido leal con el gobierno que he sostenido; si hubiera considerado que estaba yo de tal manera comprometido é interesado en el Imperio, que me encontraba verdaderamente identificado con él, hasta el grado de que aun haciéndose me la enorme injusticia de suponerme destituido de todo sentimiento noble, bastaba mi conveniencia particular para sostener con toda la fuerza de mi voluntad al Emperador defendiéndolo hasta dar la vida si era necesario; y si, en consecuencia, hubiese dejado que yo aconsejara al Soberano convenientemente, sin invadir secreta y bajamente mis funciones, y limitándose á cuidar de su artillería, como era su deber, sin mezclarse en asuntos que no eran de su incumbencia, y sin dejarse dominar por esa ambición desmesurada que lo llevaba á un terreno en que no podía todavía figurar: ni hubiera muerto el Soberano, y los héroes que lo acompañaron en el cadalzo; ni hubieran ocurrido la multitud de desgracias irreparables que se deploran y de las que nadie más que Arellano es responsable ante Dios y los hombres.

Quéjase de que el Emperador no recibiese tres correos más todos los días, como yo le había ofrecido, según dice Arellano, y lo cual es mentira. Y él mismo nos acaba de referir pocas líneas antes, que para proteger la salida de pliegos importantes que me mandaba S. M., tuvieron que emprender un ataque sobre el Este, en el cual no logra-

ron su objeto, lo que demuestra la excesiva vigilancia de los sitiadores y la gran dificultad de hacer pasar un correo.

Por otra parte, del 22 de marzo por la noche, ó más bien de la madrugada del 23, que fué cuando salí de Querétaro, al 11 de abril por la mañana, no son 20 días como cuenta Arellano, sino 18 y algunas horas. Ya se ha visto que luego que llegué á México, escribí al Emperador dos cartas avisándole todo lo ocurrido hasta entonces y comunicándole mis pensamientos; y ya se ha visto también que mucho tiempo después se encontraron esas cartas, en unión de las de Vidaurri en la administración general de correos, sin que se pudiese nunca averiguar el motivo de aquella falta ocasionada por algún descuido, pero sin mala intención. Sabido es que tres días después de mi llegada á la capital, salí para Puebla y que en esta expedición estuve precisamente hasta el 11 de abril que volví á México. Pero esto no importa para el asunto de que se trata, porque mientras yo expedicionaba, el señor Vidaurri por orden mía enviaba al Emperador cuantos correos le era posible, sin pararse en gastos y procurando asegurar su viaje por cuantos medios estaban á su alcance, dando cuenta á S. M. de cuanto ocurría en la capital así como en Puebla, y de cuanto pasaba conmigo; resultando de todo que si el Emperador no recibía cartas, no era porque no se le mandara, sino porque no era posible que llegasen á sus manos, puesto que si el Soberano para enviarme los pliegos de que antes he hablado, tuvo la necesidad de emprender un ataque sobre la garita de México, y ni aun así se logró el objeto, claro está que mucho menos podían pasar nuestros correos de la capital, aun cuando lograsen andar sin novedad todo el camino hasta Querétaro; puesto que no era posible atravesar la línea de los sitiadores, burlar su vigilancia é introducirse en la plaza sin tener una fuerza que los protegiera ¿cómo en esas circunstancias quería Arellano que le enviase tres correos todos los días, lo mismo que si en completa paz se hubiera hallado el Emperador en Tacubaya y yo en México? Aquí tenemos otra idea que es todavía más peregrina, con la ventaja de que prueba mejor su perversidad.

Era el 11 de abril de 1867: Puebla había sucumbido después de una defensa heroica y prolongada; las mejores tropas de la guarnición de México, que habían salido en auxilio de Puebla, volvían á la capital en el estado triste que antes he dicho; el enemigo se presentaba en las puertas de ella y establecía su sitio: México carecía de

cuanto era necesario para sostenerlo, y yo me encontraba al frente de una situación que otro en mi caso no hubiera afrontado.

Pues bien, en aquellos momentos, Arellano y Miramón, por consejo suyo, formaron un plan y lo comunicaron al Emperador por medio de la comunicación siguiente:

“Señor.—La difícil y penosa situación en que se encuentra V. M. y el ejército, teniendo por causa única y principal el retardo del general Márquez, impone á los generales que subscriben el deber de hablar á V. M. con la lealtad de caballeros y con la franqueza de soldados.

“Al estado en que hemos llegado por causa de errores pasados é irremediables, la plaza de Querétaro, y con ella el Imperio, la persona de V. M. y nuestro valiente ejército no podrán salvarse sin el auxilio de las tropas que el general Márquez *no quiere ó no puede* mandar sobre el enemigo que nos asedia.

“Llegadas las cosas á tal extremidad, no es posible esperar más, para emprender después una retirada imposible, sobre todo cuando su realización no es sino un sueño ó el resultado de un delirio si se lleva al terreno de la práctica.”

Dice Arellano que “el pensamiento que motivó esta carta dirigida al Emperador, se reasumía en las dos siguientes proposiciones:

“Primera. Puesto que el triunfo de las tropas que defienden esta plaza, exige el violento concurso de una fuerza auxiliar, *V. M. se dignará salir con 1,000 caballos para obligar al general Márquez á que obre en el sentido ya expresado*, batiendo al enemigo que se encuentra sobre el camino de México.

“Segunda. Si V. M. no cree conveniente su salida de esta plaza, el general Mejía lo verificará con la fuerza ya dicha, y se irá á reunir con el general Márquez para obligarlo á que ejecute las órdenes que por V. M. tiene recibidas.

“En cualquiera de los dos casos, los generales que tienen el honor de dirigirse á V. M. se comprometen á defender y conservar la plaza hasta la llegada del ejército auxiliar, y en caso de una desgracia, hasta que sabiendo de una manera positiva la derrota que pudiera sufrir Márquez, se vean obligados á romper el sitio por viva fuerza.”

Si los hechos todos de la vida de Arellano no probaran suficientemente que es un pésimo militar, si su historia no hubiese ya revelado su carácter díscolo, revoltoso, traidor é ingrato; si su folleto mismo

que ahora refuto, no lo pintara tan perfectamente, bastaría la anterior comunicación para darlo á conocer; y si mi vida entera, los hechos que han pasado á la vista de mis compatriotas, los documentos que poseo y las mil pruebas que puedo dar para destruir cada cargo, no fuesen suficientes para vindicarme, bastaría la comunicación mencionada para llenar este objeto de la manera más cumplida y satisfactoria.

Dice Arellano en una nota colocada al pie de ese documento las palabras siguientes: “Los redactores de esa proposición son Miramón y Arellano; la habían firmado también los generales Mejía, Castillo Casanova y Valdés.”

Ahora bien: vamos á examinarla. Dos son sus objetos *que eternamente honrarán á su autor Arellano*: uno es visible, y el otro es oculto; pero ambos torpes é infames.

En el visible se hace creer al Emperador que habiendo transcurrido muchísimo más tiempo del que debiera tardar el auxilio de México con que soñaban, había llegado el caso de tomar una resolución enérgica y decisiva para lograr este fin, y al efecto se proponía la salida del Soberano ó de Mejía con 1,000 caballos para obligarme, comprometiéndose á conservar la plaza hasta saber que me hubiesen derrotado, en cuyo caso romperían el sitio.

Al hacer esta proposición y hablando del auxilio de México, usan de estas palabras: “que el general Márquez *no quiere ó no puede* mandar sobre el enemigo que nos asedia.”

Diez y ocho días habían transcurrido solamente desde mi salida hasta el día de esta proposición, según tengo explicado, y suponiendo que después de mis cuatro días de marcha para ir á la capital, sin hacer la expedición de Puebla, y trabajándose en México con la mayor actividad en buscar dinero, alistar artillería, expeditar las tropas, montar la caballería, proveerse de ganado de tiro, construir parque, etc., etc.; y aun cuando poniéndose todo á mi disposición para utilizarlo en el acto, se hubiera arreglado la marcha en sólo ocho días; sin embargo, para recorrer el camino hasta Querétaro, eran indispensables otros ocho, en esta forma: uno á Cuautitlán, dos á Tepeji, tres á San Francisco, cuatro á Arroyo Zarco, cinco á la Soledad, seis á San Juan del Río, siete al Colorado y ocho á Querétaro, sin que de estas jornadas pueda doblarse ninguna, más que la de Arroyo Zarco á San Juan del Río, y eso sólo cuando no se llevan trenes pesados y

se marcha en paz sin que haya enemigo que detenga en el camino, y cuando por lo mismo no importa llegar tarde y con la tropa hecha pedazos. De lo contrario es antimilitar; de suerte que, como se ve, sin perder un solo momento, teniendo tropas suficientes en México, contándose con todos los elementos necesarios, sin encontrar ni un enemigo en el camino que detuviese la marcha con sus tiroteos, y pudiendo atravesar por en medio de los sitiadores y entrar en Querétaro sin que nadie lo estorbara, se necesitaban forzosamente veinte días. ¿Cómo, pues, á los 18 se engañó al Emperador, haciéndole creer que había pasado tanto tiempo de más, que era preciso que el Soberano fuese en persona para obligarme á lo que yo *no podía ó no quería hacer*? ¿Cómo hubo generales que firmaron esa comunicación, que prueba la más crasa ignorancia y la mayor injusticia? *Dicen que no quería yo ó no podía*, pues mientras no supieran en realidad el motivo por qué yo no iba, no debieron adelantarse á culparme, suponiendo que *no quería*, cuando debieron creer lo más natural, que *no podía*; ya que no pensaron en lo que era realmente, que *no debía*, porque el Emperador me había mandado permanecer en México.*

Para que esa comunicación fuese más ridícula, propusieron que saliesen 1,000 caballos en mi busca, para obligarme á obedecer. ¿Qué era lo que pasaba? ¿*no quería yo ir ó no podía*? En el primer caso, ¿habían podido 1,000 caballos obligarme, cuando yo tenía 5,000 hombres de todas armas, con una plaza fuerte y numerosa artillería? Y en el segundo, ¿habrían podido 1,000 caballos vencer las dificultades que yo no había podido vencer con 5,000 hombres? Esta reflexión le ocurre á cualquiera, menos á Arellano, que como él mismo ha dicho, fué el autor de aquel descabellado proyecto y el redactor de tan ridícula nota.

Llamo la atención respecto de los términos en que está redactada, porque allí se me acusa de que yo *no podía ó no quería mandar* el auxilio. Esto es que al dirigirse al Emperador no le dicen que yo *no*

* *La Sociedad*, órgano semioficial del Imperio, reprodujo de *La Era* lo que sigue, que decía, al ocuparse en el texto del nombramiento del general Márquez: "Algunas personas han inferido de ese texto que las facultades conferidas al señor Márquez debían referirse á un objeto especial, como la adquisición de recursos pecuniarios, el levantamiento de un nuevo cuerpo de ejército y otras muchas análogas; y que una vez llenado tal objeto, la misión del lugarteniente quedaría terminada regresando él á Querétaro y dejando de nuevo la situación en manos del Ministerio."

El Diario del Imperio reprodujo también sin escrúpulos el párrafo, el 30 de marzo.

volvía con el auxilio que había ido á buscar, sino sólo que *no lo mandaba*. Lo cual prueba con el mismo dicho oficial de esos generales que yo no había salido de Querétaro *para volver* con el repetido auxilio, ¿por qué, pues, cuando esos mismos generales, incluso Arellano, confesaron esta verdad en la mencionada comunicación, se ha tenido tal empeño en acusarme de que no fuí á Querétaro, inventándose toda clase de mentiras, hasta el grado de escribir Arellano un libro entero lleno de falsedades, de improprios y groserías, únicamente para difamarme, cuando sabe perfectamente que no es cierto nada de lo que dice?

Pero lo más tonto, ó mejor dicho, lo más malicioso de la comunicación que vengo refutando, es el final en que se ofreció al Soberano romper el sitio á viva fuerza luego que se supiera que había yo sido derrotado:* es decir, que lo que se consideró imposible cuando yo lo propuse, que teníamos 9,000 hombres floridos y el camino de Celaya á nuestra disposición, como lo he demostrado antes, sin heridos, sin obstáculos y con nuestras tropas de refresco, llenas de vigor y de entusiasmo, se ofrecía al Emperador hacerlo con 4,000, que salidos los 1,000 caballos, quedaban en la plaza según la cuenta de Arellano, estando en esa época ya los soldados agobiados por la fatiga, el hambre y las penalidades; y para contar con menos fuerza, cuando se tenía esa idea, se comenzaba por sacar de la plaza 1,000 hombres de caballería.

Por otra parte ¿cómo es que cuando en tiempo hábil propuse la salida con los 9,000 hombres, se consideró impracticable, asegurando Arellano al Emperador que en el momento de comenzar nuestro movimiento seríamos hechos pedazos por el enemigo; y un mes después, cuando el sitiador había aumentado considerablemente sus fuerzas, estrechado el sitio y multiplicado los obstáculos, el mismo Arellano que había perdido ya á su patria, al Monarca y el ejército, proponía á S. M. que con sólo 1,000 caballos rompiese el sitio y se fuese hasta México? ¿pues qué, no consideraba que esa operación era verdaderamente imposible? ¿No nos dice él mismo que lo llegó á intentar el general Moret y que no pudo pasar? ¿no sabía y nos ha repetido tantas veces que los sitiadores contaban con 9,000 caballos? ¿No es ge-

* Tanto Maximiliano, como Miramón y otros muchos jefes y oficiales, supieron á tiempo que Márquez había sido derrotado por el general Porfirio Díaz. Entrevista con el coronel Carlos Miramón.